

su nombre! ¡Tal es el concepto que los mismos enemigos tienen del Cristo, y tal es la respuesta que ellos mismos dan á estas palabras de mi texto *¿Quid vobis videtur de Christo? ¿Cujus filius est?*

Y á vista de todo esto ¿nos hemos de apartar de su lado? ¿no hemos de pelear al pié de la enseña? ¿no hemos de tomar parte en los triunfos de esa gran batalla? ¡Oh! dejemos ya ese espíritu de corrupcion y de mentira, y confesemos francamente los atributos del Redentor! ¡Dejemos ya esa piedad dudosa y esa fe vacilante; y con recto y sincero corazon, y con el alma alumbrada de una fe viva, vengamos al rededor de los altares, á tributar los mas humildes homenajes de nuestra gratitud, al Dios Niño que ha venido á redimirnos! Adoremos al Hijo de Maria, y confesemos que ese tierno niño que tan humildemente ha nacido, es el mismo que anunciaron los profetas, que desearon las pasadas generaciones, por quien suspiraban los antiguos Padres, á quien cantaron los poetas romanos, á quien debidamente adoraron los reyes y á quien nosotros en este dia reconocemos como verdadero Hijo de Dios, como verdadero hombre, como el Unigénito del Padre que vino lleno de gracia para salvar al mundo, y al cual, luego que haya cesado para nosotros esta fe que ahora profesamos, hemos de ver cara á cara entre las luces de la inmortalidad.

SERMON  
DEL NACIMIENTO DE NRO. SR. JESUCRISTO

PREDICADO EN LA STA. IGLESIA CATEDRAL

DE OAXACA

EL 26 DE DICIEMBRE DE 1854,

FOR EL SR. PERO.

D. Jose Joaquin Diaz.

Natur est vobis hodie Salvator,  
qui est Christus Dominus.

SAN LUCAS, CAP. II, v. 10

Ilmo. Señor:

Hubo una hora, en el trascurso de los siglos, marcada por los decretos eternos, anunciada por los Profetas y figurada por acontecimientos y símbolos, que puso término á los desmanes del paganismo, fué el principio de una doctrina regeneradora y fijó la época de felicidad del género humano. Los angeles la inmortalizaron con sus cánticos, los hombres con sus homenajes y Dios con el nacimiento prodigioso de Jesucristo, Hijo del Padre en la eternidad é Hijo de Abraham y de David en el tiempo.

Este suceso extraordinario y divino en los anales del mundo y de la religion, antes de cumplirse, era el objeto de la fe y de los votos de los antiguos justos y de los

Patriarcas; ya cumplido, colmó á la humanidad de singulares beneficios y la hizo olvidar sus miserias y sus sufrimientos.

Pero ¿dónde está el palacio, dónde el trono, dónde la corte de este Recien-nacido? Magníficamente preparado por espacio de cuatro mil años y acompañado del esplendor de los prodigios, el nacimiento del Salvador, ¿no debía haber sido en el seno de la opulencia? ¡Ah! bien se deja conocer que el Hijo de Dios que venia á dar gloria á los cielos y paz en la tierra con la muerte de los vicios y la vida de las virtudes, debía tener por palacio un establo, por trono un pesebre y por corte á José y á Maria: que, al rededor de su cuna debía congregarse á los pequeños y no á los grandes, á los sencillos y no á los soberbios, á los miserables y no á los afortunados del mundo.

Mas al través de la humildad del hombre, se descubre en Jesucristo la dignidad de Dios.

Los imperios se levantan y caen para allanar su camino: la guerra y la discordia suspenden el exterminio de los pueblos: los verdaderos oráculos, mudos tiempo hacia en Jerusalem, recobran su voz y las falsas sibilas callaron: nace de una Madre Virgen: un ángel lo anuncia á los pastores: un astro á los reyes: hace temblar á las potestades de la tierra y se escapa de su persecucion sanguinaria.

De este modo reunió Jesucristo dos extremos que un insondable abismo separaba, la humillacion y la magestad, y dió á conocer la soberanía en la indigencia, la reclusion en las lágrimas, el poder en la debilidad. *Ha querido nacer humilde el Altísimo*, dice San Agustin, *para hacer brillar en su misma oscuridad todos los resplandores de su omnipotencia*. Si el Salvador hubiera nacido con la pompa de una magestad humana, ciertamente que no reconoceriamos en El á la Magestad Divina. Requeria su ministerio de Reparador del mundo, que hubiese aparecido con toda la miseria y pequeñez del hombre, sin olvidar toda la grandeza y soberanía de un Dios. Por esto Jesucristo en el establo de Belen, á pesar del pesebre,

de sus harapos y suspiros, ostenta su poder, descubre su sabiduría y manifiesta su bondad. Así, pues, la cuna del Salvador, símbolo de humildad, es el sòlio de su poder, la cátedra de su sabiduría y el teatro de su bondad. Poder, sabiduría y bondad son los caracteres exclusivos de la Divinidad.

El asunto, de esta manera propuesto y dividido, presenta pruebas concluyentes de la divinidad de Jesucristo, propias para alimentar la piedad de los fieles, como para refutar los errores de los incrédulos. Para obtener este doble fruto, imploremos la asistencia divina. Ave Maria.

## I.

Qué el Hombre Dios en su segunda venida, presentándose con el carácter de Juez debía aparecer sobre las nubes con imponente magestad, es muy natural; pero que en su primera venida, habiéndose presentado con el carácter de Rehabilitador de la especie humana, renunciase al esplendor de la Divinidad, pareciera extraño, si no hubiera empleado otros medios para manifestar su omnipotencia. Convenia que el gran Libertador que venia á quebrantar las cadenas de la esclavitud original del hombre, testificase su origen divino de un modo muy diverso del que los judíos deseaban en su celo por su nacionalidad ultrajada.

Y así sucedió.

En su nacimiento, el Hijo de Dios ha manifestado su poder en los sucesos que prepararon, acompañaron y siguieron ese acontecimiento extraordinario.

Aquella magnífica y consoladora promesa de un Redentor verificada en la edad primitiva del mundo, es el principio de una série de profecías relativas á la manifestacion de Jesucristo.

Desde Malaquías el último de los profetas, hasta Jacob, hasta Abraham, hasta Dios, todos revelan las circunstancias de la vida del Salvador en el pesebre y en la cruz, en el establo y en el calvario. Los justos no se

santifican sino en nombre y por los méritos de este Niño Dios. La vocacion de Abraham y de Moisés, el sacerdocio de Aaron y de Melchisedech tienen por objeto el misterio de Belen.

Los acontecimientos mas señalados de la historia se refieren, como á un centro comun, al nacimiento de nuestro Salvador. Divididas las naciones por leyes, gobiernos y costumbres, ¿por qué, despues de la caída de la dominacion griega, comienzan á mezclarse entre sí encaminándose con mas acuerdo hácia aquella edad de oro, cuya realizacion facilitó el acero de Roma al pesebre del Hijo de Dios? ¿Por qué esas mismas naciones, enconadas con ódios hereditarios, deponen su coraje marcial y reconciliadas ó vencidas establecen la paz, sino por el poder de este recién nacido?

La propagacion de dogmas capitales antes del nacimiento del Mesías, ¿no es verdaderamente un brillante destello del *Sol de Justicia*, que indicaba su aproximacion al horizonte del mundo moral, como expresa la aurora la proximidad del astro del día al horizonte del mundo material?

Este Niño nacido en el profundo silencio de la noche, desconocido y despreciado de los hombres, alarma á Jerusalem, hace deliberar á la Sinagoga sobre los oráculos que lo anuncian y derrama el susto en el corazon de Herodes. El cielo lo reconoce por los ángeles, los judíos por los pastores y los gentiles por los Magos.

Por entre las debilidades de la infancia, mil rasgos dan á conocer la magestad del Altísimo, que nos hace ver en su cuna el trono desde que ostenta el dominio inalienable del primer ser y la suprema autoridad del Criador de todas las cosas.

Así está comprobado por los resultados de este nacimiento prodigioso, origen del movimiento celestial que, destruyendo los idolos, desprestigiando el capitolio y destrozando el poder del infierno, fundó sobre sólidas bases la religion que profesamos y con ella la felicidad que dichosamente poseemos.

Nacido Jesucristo, los prodigios suceden á los prodigios y todo cambia milagrosamente por el omnimodo poder del Niño Dios. El paganismo defendido por la supersticion é identificado con los vicios del alma, recibe un golpe mortal. Los hábitos depravados adheridos á los corazones por raíces profundas, son arrancados. Virtudes rígidas, inauditas y crueles con la naturaleza, son heroicamente cultivadas. Establecer un culto nada favorable á los sentidos, sustituir á la filosofia pagana la cristiana y extender por todo el orbe la religion de la pobreza, de la abnegacion y de la penitencia, son maravillas debidas á este humilde nacimiento, cuya omnipotencia es patente á nuestros ojos; porque Dios en sus inescrutables designios, quiso descubrir los efectos de su poder, no circundado de rayos como en el Sinai, ó revestido de una luz resplandeciente como en el Tabor, sino bajo la forma de un Niño, emblema de candor y de inocencia, reclinado en un pesebre, y rodeado de la miseria, del abatimiento y de la debilidad.

## II.

Jesucristo nació entre nosotros para apartar al hombre de sus vicios y además, corregirlo de sus errores. Su elevado magisterio, comenzado desde su nacimiento, fué tan oportuno, que si hubiese venido algun tiempo antes, su moral no hubiera sido del todo necesaria, porque los pueblos se sostenian por sus antiguas leyes; y si hubiese diferido por mas tiempo su venida, la sociedad hubiera ya perecido. Presentándose, pues, en la *plenitud de los tiempos*, no espera la edad en que está desarrollada la razon, ni se prepara con los recursos del estudio y las lucubraciones de la meditacion, ni elige un lugar á propósito donde pueda lucir mejor su doctrina y elocuencia; sino que abre su escuela en un establo, su cátedra en un pesebre y sus lecciones son sus humillaciones, su pobreza y su silencio. ¡Medios inadecuados, á la verdad, para la sabiduría humana; pero qué propios para la sabiduría divina!

El pecado original ha causado en nosotros tres gravísimos males: la concupiscencia, la ignorancia y el error. La concupiscencia nos separa de Dios por el deleite sensual, la ignorancia por las tinieblas que aglomera en nuestro entendimiento, y el error por que nos detiene por una falta lejos del resplandeciente foco de la justicia y de la verdad. Estas tres fuentes fétidas de nuestras desgracias son cegadas por el nacimiento de Jesucristo, Maestro de la verdadera sabiduría y asiento de santidad absoluta. ¿Qué nos dicen los abatimientos del Salvador en su cuna? Verdades luminosas y selladas por la confirmación de la experiencia. Sujeto al dolor, reclinado en la paja y miserablemente cubierto, Jesucristo nos enseña, que el camino de la salvación es el de la pureza, la penitencia y la abnegación: que las riquezas, placeres y honores conducen á la condenación. El Eterno Padre, en el nacimiento temporal de su Unigénito dice á todos los hombres lo mismo que debía ratificar despues en el día de la Transfiguración: *Este es mi Hijo muy amado, que yo he enviado á la tierra para que sea vuestro maestro, escuchadle.*

Hablan mas acertadamente los pañales y las lágrimas de Jesucristo en su cuna, que las brillantes declamaciones de la filosofía humana.

El portal de Belen revela una doctrina mas profunda, mas grande y mas universal, que la enseñada en el pórtico de los académicos ó en el areópago de los atenienses.

Y ¡qué mucho que este divino Niño con sus sollozos y gemidos disipe las tinieblas de la ignorancia y del error, si nace para ilustrar al hombre descubriéndole los horizontes de la sabiduría?

*Jesucristo, no solo hablando sino naciendo, es Maestro de los hombres, ha dicho San Agustin; y San Bernardo: El pesebre, las lágrimas y los pañales claman en el nacimiento del Dios Niño la penitencia, y predicán la verdad.*

Aquella claridad celestial que resplandeció á la mitad de la noche mas venturosa, es una figura de la luz del Evangelio que, iniciándose en la cuna de la sabiduría in-

creada, esclarecer debía las tinieblas del error y las sombras de la muerte, que cercaban al género humano. De este modo el triste aparato de sufrimiento y pobreza que rodea á ese Niño, es la predicación solemne de las costumbres que combaten la concupiscencia, y la predicación divina de la doctrina que disipa la ignorancia y combate los errores.

Me represento al mundo con dos fases sucesivas: en la primera, giran los hombres envueltos en las nieblas densas del error; en la segunda, iluminados por los claros resplandores de la verdad cristiana. La una, es la época de todos los males, de todos los errores y de todos los vicios; la otra, es la época de todos los bienes, de todas las verdades y de todas las virtudes. En aquella, atravesaba la humanidad como por *espacios desiertos y reinos vacíos*; en esta, por senderos floridos y países de abundancia y bienestar. El nacimiento del Mesías es la línea divisoria de estas dos fases y de estas dos épocas. Desde entonces data el reinado de la sabiduría, pero de una sabiduría divina, que es el vínculo venturoso de la paz con la justicia.

Pero si las lecciones de sabiduría que nos dictó el Salvador desde su cuna han sido tan eficaces, ¿por qué aún entre los cristianos prevalece la iniquidad? ¡Ellos que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante, para abrazar las profanaciones de las gentes!

Nosotros responderemos, que Jesucristo no nació entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para enseñarnos los medios de salud que los alivian y destruyen. El defecto pende de nosotros y jamás de la gracia que nos ha salvado.

Reconozcamos y adoremos en el pesebre del Niño Dios un misterio de altísima y soberana sabiduría, que ilustró los espíritus, cambió los corazones y venció la naturaleza viciada, y dejemos á los incrédulos que le maldigan, pero en vano; porque la maldición que cae sobre el

pesebre de Jesucristo es como la que cayó sobre su cruz, en la antevíspera de la Resurrección.

### III.

Hemos visto á nuestro Salvador desplegando en el pesebre de Belen la eficacia de su omnipotencia é ilustrándonos con los esplendores de su sabiduría; resta solo admirarlo legándonos los tesoros inapreciables de su bondad.

Cuando una obra se emprende por amor, llega á tocar, sin disputa, el complemento de su perfección, hasta en sus mas minuciosas circunstancias. El Verbo Divino descendió del cielo por el bien, el amor y la felicidad del hombre; y un amante infinitamente poderoso é infinitamente sabio, ¿qué resortes no moverá para labrar la ventura del objeto querido de su corazón? Por esto el Dios Hombre, al entrar en el mundo, nos agracia con tiernos testimonios de su amor.

Necesitado el hombre no solo de ser realizado de su miseria y de su impotencia natural, como ser imperfecto, sino tambien de ser reconciliado y rescatado como ser culpable, Jesucristo naciendo no solo lo elevó del órden natural al sobrenatural, al estado deífico, en el cual dice el P. Ventura, *se hace en cierta manera semejante á Dios y participante de la naturaleza de Dios*, sino que comenzando á inmolarse por nosotros desde su nacimiento, nos reconcilia con la Divinidad. Bien es cierto que no vemos á este adorable Niño clavado en la cruz; pero el pesebré es un altar en que so ensaya para el sacrificio: todavía no oímos aquella gran voz que ha de penetrar los cielos; pero ya sus tiernos gemidos llegan hasta el trono de la Divina Misericordia: no derrama aun la sangre que ha de lavar los pecados del mundo; pero ya las lágrimas que vierte nos purifican de nuestras manchas y la naturaleza desata sobre El todos sus rigores.

La primera función de nuestro Salvador es ofrecerse víctima de propiciación por las iniquidades de los hom-

bres; y gracias á su amor infinito; con qué abundancia ha satisfecho á la Justicia Divina en su mismo pesebre y desde su nacimiento! *El carácter distintivo de Jesus al nacer es*, dice San Pablo, *la bondad y la ternura*. San Agustín secundó casi el mismo pensamiento: *Nacido de su Padre*, dice, *es el principio de la vida; nacido de su Madre es la ruina y destruccion de la muerte*. Todavía San Bernardo es mas explícito cuando pregunta: *¿Quién ha hecho este prodigio? el amor que no mira dignidades, el rico en bondad y el eficaz en todo*.

Constituido Jesucristo sacerdote y víctima en el establo de Belen, nos prodiga toda suerte de favores llenando nuestras exigencias. En El tenemos un Adorador para Dios, un Jefe para los angeles, un Juez para los demonios, un Salvador para los hombres y un Reparador de toda la naturaleza. Es Redentor de los cautivos, Pastor de las ovejas descarriadas y Pontífice del testamento nuevo. Da fuerza á los débiles, luz á los ciegos y vida á los muertos; pero ejerciendo, en el anonadamiento de su augusta persona, estos elevadísimos ministerios. Cordero divino, nace donde nacen los simples corderos, en un establo: víctima expiatoria, se priva, en su extrema pobreza, de toda comodidad y regalo. Singular contraste nos presenta su amorosa solicitud: cuanto mas se humilla y rebaja tanto mas se afana por enriquecernos con los preciosos dones del cielo.

Con razon tantos justos de la ley antigua que leían en el porvenir, nos lo pintan en sus cuadros proféticos, como un generoso Bienhechor que curaria toda clase de llagas, enjugaria todas las lágrimas y abriría su seno á todos los desgraciados. Por esto decia el Apóstol: *Nosotros tenemos un Pontífice que sabe compadecerse de nuestras miserias*.

De los milagros que hizo Jesucristo en el establo de Belen, pudieramos afirmar en particular, lo que de sus milagros en general dijo Bossuet: *Que mas tenían de bondad que de poder*.

Siendo el pesebre teatro de la Benignidad de Dios, los

despreciados del mundo serán amablemente escojidos por un Dios Niño, que desechado de las casas de Belen, no encontró otro asilo mas que una gruta: los enfermos deben acercarse con confianza á este Niño, que se sujetó á la circuncision: los perseguidos encontrarán consuelo con un Dios, que huye á tierra extranjera del furor de sus enemigos.

¿Quién no reconoce en el Dios recién nacido el Padre mas tierno, el Hermano mas afectuoso y el Amigo mas fiel del hombre, nacido, abatido y muerto por salvar al hombre? Aquí conmuévase el corazon de ternura: adora llorando esa bondad, ese amor que le espanta por su grandeza misma y que le atrae como por un magnetismo celestial: desea, en reconocimiento, tener la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas y el ardiente amor de los justos. Tal es el inefable prestigio del nacimiento del Hijo de Dios, prestigio que, si confunde el alma por su magnitud, la reanima con la esperanza, garantizándole en los bienes recibidos el beneficio supremo que los corona á todos, la bienaventuranza inmortal de la gloria.

Concluyamos. Tenia que demostraros la divina Magestad en la humildad misma del nacimiento de Jesucristo por sus rasgos mas pronunciados, poder, sabiduria y bondad. En consecuencia, consideré el poder en las circunstancias y hechos precedentes, concomitantes y subsecuentes al nacimiento del Salvador: la sabiduria en las lecciones que prudentemente nos dictó contra la concupiscencia, la ignorancia y el error: y la bondad en el triple carácter que, como Mediador, Redentor y Bienhechor de la humanidad, desempeñó cumplidamente al nacer entre nosotros *lleno de gracia y de verdad*.

Habeis visto, Señores, *la gloria de Dios, su gloria como del Hijo único del Padre*, y ¡habreis sido frios espectadores de las maravillas del delicioso misterio del nacimiento de nuestro Salvador? ¡No os habeis determinado á purificaros de la corrupcion del hombre viejo, pene-trandoos del espíritu del nuevo? ¡Ah! si así no fuera, tendríais la desgraciada suerte de los judíos que, no habien-

do recibido la gloria del Señor que habia venido sobre ellos, fueron severamente castigados. *Si Dios nos ha llamado de las tinieblas á la luz admirable de su conocimiento*, para que tengamos parte en *la herencia de los santos*, esforzémonos porque nazca el Niño Dios en el pesebre espiritual de nuestros corazones, practiquemos, á su ejemplo, la humildad; y para el ejercicio de las demás virtudes, hagámonos dignos de que crezca hasta la plenitud de la edad perfecta. De este modo, colmados de alegría, bendeciremos y glorificaremos el Poder, la Sabiduria y la Bondad que trajo á la tierra, para llevarnos á todos al cielo. Amen. (1)

(1) Publicado en Oaxaca en 1855, en un cuaderno suelto, con permiso de la Sagrada Mitra.

SERMON  
SOBRE  
LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO.  
PREDICADO EN SANTA BRIGIDA  
DE MEXICO  
EL DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1848  
POR  
Fray Manuel Pinzon.

Et Hoc vobis signum; inuentis infantem  
involutum, et positum in presepio.

Y ésta es será la señal: Hallareis al niño  
envuelto en pañales y echado en un pesebre.

Luc. 2.—12.

Señores:

Ha llegado ya el Mesías esperado durante tantos siglos, prometido por tantos oráculos, señalado por medio de tantas figuras y anunciado por tantos Profetas; el deseado de todas las naciones, la esperanza de Israel, el terror de los demonios, el Redentor del mundo, el Reconciliador del cielo con la tierra. Reconozcamos en los signos misteriosos del Verbo encarnado su sabiduría.

El Verbo eterno descende del cielo, dice San Agustín, como un gran médico, porque un enfermo le pedía desde la tierra el auxilio de su ciencia: *magnus de celo descendit medicus, quia magnus in terra jacebat agrotus*.

El enfermo es el corazón humano; el corazón humano, que ha nacido con una inclinación natural á la investigación y conocimiento del bien, con una capacidad casi inmensa que solo se puede satisfacer estudiando asuntos tan grandes como ella misma; pero que por el pecado cayó en el desarreglo y en el error, y tanto mas se aleja de la felicidad cuanto mas se afana en buscarla. Cree verla relucir al través de las engañadoras imágenes de los placeres del siglo, toma la sombra por el cuerpo, se lanza tras esa fementida ilusión y se entrega á su adquisición con incansable afán. La adorable sabiduría del Verbo encarnado en el misterio de su nacimiento, ha encontrado el secreto para curar el corazón humano y su espíritu valiéndose de remedios opuestos, sustituyendo los falsos placeres, la vanagloria y los pasajeros bienes del mundo, con goces perdurables y gloria verdadera. Dios se ha propuesto al hacerse hombre, reformar al hombre destruyendo en él la obra del pecado y perfeccionando la obra de Dios.

El designio de la Sabiduría Eterna manifestado claramente en el misterio de este día, me indica el modo de probaros que las figuras bajo las cuales los Angeles anunciaron á los pastores el nacimiento de Jesucristo para que le hubieran conocido están en armonía con este mismo designio, pues si se presentan poco dignas de su grandeza, esto no obstante encierran muchos misterios puesto que ejercen en cierto modo las funciones de su ministerio y son como el compendio de su Evangelio.

El espíritu humano aprenderá en estas figuras de Jesucristo naciendo el modo de hacerse humilde, y tambien hallará el modo de poner un dique á su razon ensobarbecida y á sus quimeras en la conducta de la sabiduría divina. Tal será el primer punto de mi discurso. En el segundo manifestaré cual es el camino que debe seguir el corazón humano para encontrar la felicidad, que no es otro que aquel que Dios le ha señalado en las figuras de Cristo naciendo: *Et hoc vobis signum*. Pidamos la intercesion de la Virgen Maria para el acierto. AVE MARIA.

### Punto primero.

Hay un pensamiento del apóstol San Pablo que encierra una belleza tal de entendimiento en todas sus frases, que no puedo prescindir de manifestároslo. No habiendo conocido el mundo á Dios, dice, en las maravillas de su sabiduría, quiso Dios instruirle observando una conducta que podría parecerse rara, dándose á conocer al hombre para destruir todos los conocimientos del hombre (1. Cor. 1. 21).

Con efecto, parece raro que quisiera hacerse adorar por todos los hombres en un establo y en una cruz; y que diese el espectáculo de un pesebre, un niño, unos pobres pañales y unos animales como señales del Rey del cielo y de la tierra, que presentaba á unos pobres pastores que eran incapaces de comprender las grandezas de un Rey invisible é inmortal bajo tan despreciables apariencias.

Esta conducta de Dios es mas admirable y digna de él que la que ha seguido para hacérselos adorar en la creación del universo; y esta primera aparicion de un Dios hecho carne en la tierra nos le presenta en un estado mas digno de nuestra adoracion, que si hubiese venido rodeado de la pompa visible á las criaturas que son obra de su palabra. Si, hermanos míos, porque el estado de pobreza en que vino nos demuestra mejor la divinidad, la fuerza y la sabiduria de Dios, y hace que resalten mas los designios del Verbo encarnado, que quiso curar el orgullo del hombre y humillar su espíritu para ensalzarle.

Esta conducta de Dios sirve para demostrar mas y mas su divinidad, porque si hubiese nacido rodeado de todas las pompas humanas y de las lisonjas que acompañan á los reyes de la tierra, hubiera sido á nuestros ojos menos grande su divina majestad que en el establo de Belen. ¿Qué son las humanas grandezas sino humo, comparadas con Dios? ¿No lucen mas las galas del lirio de

los valles que las ricas vestiduras de Salomon? El Verbo encarnado no podia buscar mas que su propio esplendor, ni adornarse con lo que es á sus ojos mas despreciable, puesto que toda gloria de la carne cae como las hojas de la flor. No podia convenir á su dignidad un término medio; debia poseerlo todo como en el cielo ó despreciarlo todo como en el establo; debia ser infinita su humildad como es infinita su grandeza; debia pasar del centro de la gloria al centro de la ignominia; no podia haber algo mas humilde que él, así como nada hay que sobrepuje su esplendor. Los príncipes de la tierra nacen entre la púrpura y han inventado nombres para ostentar su riqueza y poderío. Pero el Rey del cielo quiso nacer en un lecho de paja, porque el mundo, que fué obra de sus manos, nada contenia que fuese digno de él. Como Criador del universo, estableció su trono sobre el sol; pero como Redentor no quiso mas palacio que un establo, un pesebre por cuna y una cruz por trono. Figurémonos un momento, hermanos míos, que vemos al divino Jesus rodeado de las humanas grandezas. ¿Qué brillo podrian dar el oro, las perlas y los zafiros al que formó el sol, que es lo que mas brilla entre los astros? Ni un momento siquiera pueden fijarse con gusto nuestros ojos en semejante espectáculo. Tierno como le vemos, es como dice el profeta Isaias un Dios Fuerte. (Isa. 9. 6.) La flor de la raíz de Jessé, que parece ajada y seca es el gérmen del Señor que debe levantarse con todo esplendor. Este Niño juega en la cuna con la serpiente cuya cabeza quebrantará un día; y matará al impio con el soplo de sus lábios. Estas son expresiones figuradas de que se vale el profeta Isaias para expresar la fuerza y el poder de Jesus naciendo en el establo.

Meditemos este grande asunto que nos presenta la fe; penetremos en el establo con el espíritu; contemplemos á este Dios oculto que en las tinieblas de la noche, en el silencio del mundo, se ha hecho pobre para enriquecernos; á este Niño que ha nacido en un establo desierto y



abandonado de todos, cuando él los ha formado á todos y todas las criaturas le obedecen, cuando es la sabiduría eterna que asiste á todos los consejos de Dios (Ecl. 24. 11.) y fué antes de los siglos y antes que la tierra estuviese suspendida en la nada y antes que brotasen las altas montañas del fondo de los abismos.

Hombre ingrato y ciego que no has querido reconocer la sabiduría divina en la riqueza de su magnificencia, ven á reconocerlo en la humillacion del establo. Colocado en el magnífico edificio del mundo para que adores á su Criador; colmado de bienes y tesoros hechos para tí, no te has dignado levantar los ojos hácia la mano que con tanta profusion los ha derramado sobre tu cabeza; te has hecho el sordo á la voz poderosa que te dice por la boca de todas las criaturas: ¡Oh hombre! adora á tu Dios. El lo ha hecho todo por tí, y tú, ¿qué has hecho por El? Su amoroso desvelo le ha hecho emplear otra voz para persuadirte; despues de haber hecho hablar á todas las riquezas del cielo y de la tierra, te enseña valiéndose de la pobreza del establo: *nunc ergo filii hominum audite me.* (Prov. 8. 32) Oídme pues, hijos de los hombres, no seais sordos á mi voz que hago inteligible á vuestra debilidad para que me entendais mejor.

No solamente las señales del Cristo naciendo que da el Angel á los pastores son propias para reconocer la divinidad del Verbo encarnado, sino que tambien dan á conocer su poder y su sabiduría. Con efecto, dice San Leon, de Dios dependia su union con la naturaleza angélica y atacar al demonio en su mansion, destruir en un momento todo su poder y convertir en polvos los monumentos y las estátuas que le erigió la ignorancia de los hombres; pero una victoria semejante hubiera sido menos gloriosa para Dios y menos humillante para el demonio. Era preciso que los venciera la misma naturaleza á quien habia vencido; era preciso que un niño le diera los primeros golpes; era preciso que el mónstruo infernal tuviese por cadenas unos pañales; era preciso que el leon fuese vencido por un cordero. Este modo de combatir oponien-

do la debilidad á la fuerza es mas propio que otro alguno para hacer brillar el poder divino. Como ningun enemigo es bastante poderoso para luchar con él, no se digna entrar con ellos en lucha; para destruirlos no emplea con ellos otras armas sino las que pueden hacer mas vergonzosa su derrota. Coloca toda su fuerza en los cabellos del invencible Sanson, porque los cabellos son la parte mas débil del cuerpo. (Jud. 16. 17.)

Los primeros sollozos del niño hicieron callar los mas célebres oráculos del infierno (Mat. 2. 2). Los rayos de este sol, eclipsado como está, forman nuevos astros en el cielo y disipan las mas espesas nieblas de la idolatría. (Luc. 2. 14). Levántanse desde luego los fundamentos de la Iglesia y se establece la paz entre el cielo y la tierra. Resuenan en el aire cánticos de gozo y alegría, porque es verdad que el pesebre, y el niño y los pañales son signos que se acomodan á las cualidades del Mesias, puesto que de tal modo hacen brillar su poder y que de una manera tan visible anuncian las funciones de su ministerio.

Tributemos alabanzas y rindamos adoracion á este divino niño. Mezclemos nuestra débil voz con los cantos celestiales que entonan los ángeles, y cojamos algunos granos del incienso consagrado en los escritos de San Cipriano para esparcir su aroma á los piés del Cristo naciendo. ¡Oh noche, mas clara que el mas brillante dia, en que se abre paso el Evangelio conducido por embajadores celestiales, en que Dios no anuncia ya el Mesias en profecías y figuras ocultas, sino en la que los mismos ángeles señalan el lugar de su nacimiento! Noche en que los pastores rústicos é ignorantes, alumbrados por el mismo cielo é iluminados por la luz divina que derraman los ángeles, superiores á sí mismos por la gracia que les inspira la fe, son los primeros que adoran al Verbo encarnado! ¿Qué debemos contemplar de preferencia en el conjunto de maravillas que á nuestros ojos se presentan en el misterio de este nacimiento? ¿Será la Virgen incomparable que como la brillante aurora del sol que ella nos anun-

cia, hace brotar el astro esplendoroso que llena de gozo el cielo y la tierra y salir de las nubes luminosas de su virginidad al Justo? El rayo de sol que atraviesa el mas puro cristal no es sino una débil imagen del parto sin dolor de la que concibió sin mancha. Así como toda mancha del pecado original desapareció bajo el rocío del Espíritu Santo, á quien se atribuye este misterio, el hábito del fuego infernal no tocó siquiera la flor ni el fruto que ella maduró. Este fruto de vida y de bendición, preparado desde el principio del mundo, y llegado á su madurez en la consumacion del tiempo se desprendió por sí solo separándose del árbol que lo dió al mundo. (Gen. 3. 6)

Culpable era ya nuestra primera madre cuando ofreció á su esposo el fruto de muerte que ella habia probado ya. Casi todos sus sentidos, infestados por el hábito de la serpiente fueron cómplices del atentado que cometia contra la ley de Dios. Prestó oídos á las palabras del seductor; contempló la hermosura del fruto prohibido; dirigió su mano á ese mismo fruto, lo arrancó, comió de él é hizo que tambien lo comiera el desdichado Adán. Eva siguió por decirlo así todos los grados del crimen hasta consumir el pecado. Pero la verdadera Eva, María, madre de los vivientes, pura é inocente nos da el fruto de vida; lo ve salir con un gozo inexplicable de su seno virginal y le adora en el primer momento de su nacimiento. Convencida de este gran misterio por la gracia inefable del Espíritu Santo, reconoce al Dios de magestad que acaba de concebir.

El designio principal del Verbo encarnado en el misterio de su nacimiento, en que ha unido la inmensidad de Dios con la pequeñez del hombre, ha sido el de ensalzar al hombre humillándole, y darnos á conocer toda su grandeza, su poder y su divinidad, destruyendo las falsas ideas que habian concebido los hombres acerca de estas cosas. ¡A cuáles extravagancias no se hubiera entregado el hombre al querer investigar quien era el verdadero Dios, no teniendo mas guías que su curiosidad y su orgullo? Todo era antes superstición, todo eran con-

jeturas, y los sábios de la antigüedad, cuyos escritos nos admiran hoy todavia, estaban entregados á los errores mas repugnantes y á las mayores aberraciones.

Filósofos del siglo, libres pensadores, escritores avanzados que propalais ideas disolventes, venid á este establo y depositad vuestros argumentos capciosos á los piés de este recién nacido, para que digais: *Ecce tibi in carne exhibetur sapientia*. Venid y conoceréis que vuestro brillo mundano no es sino palabreria vana y criminal. Solo callando podemos acatar debidamente este misterio; y si nosotros hablamos desde el púlpito es para obedecer al Dios vivo de quien somos los ministros. Venid para que adoremos juntos los pañales que cubrieron el tierno cuerpo de Jesucristo al nacer, porque como dice San Agustín ellos contienen el primer remedio que pone Dios en las llagas de nuestro mal, de nuestra corrupcion. *Adoremus pannos infantie qui facti sunt emplastra natura*

Estudiemos en este libro vivo y animado las verdades que debemos creer y los deberes que hemos de practicar. Este médico celestial ha venido para cicatrizar las llagas que han tomado arraigo en nuestro espíritu y en nuestra voluntad; cura el orgullo del espíritu, humillándolo sin envilecerle, sin degradarlo, y contiene el progreso de nuestros desórdenes atajando el mal en su camino y haciendo que dirijamos nuestra voluntad hácia las verdades que deben conducirnos al fin verdadero.

#### Punto segundo.

El amor propio desordenado por el pecado es la raiz de todos los males: *radix omnium malorum cupiditas*. (I. Tim. 6. 10). De esta raiz han salido tres gérmenes funestos: la avaricia, el orgullo y la voluptuosidad, y de ellos brotan tres fuentes envenenadas que hacen beber á la humanidad todos los males de la tierra. Todo lo que vemos en el mundo, dice San Juan, es concupiscencia de

los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. (I. Joan. 2. 16.) Esto quiere decir que tenemos ó un amor desarreglado á las riquezas, ó un amor desarreglado á los placeres, ó un amor desarreglado á los honores. Jesucristo, Médico celestial que ha venido á curar las enfermedades del hombre pecador con remedios contrarios, bajó del cielo para atacar estas plagas mortales de la naturaleza corrompida, oponiéndoles tres remedios, que son: el espíritu de pobreza, el espíritu de humildad y el espíritu de mortificación. Hé aquí en concreto, hermanos míos, el espíritu de la religión; y estos tres caracteres del cristianismo son los que sobresalen por decirlo así en el misterio de la Natividad de Jesucristo.

Como el Salvador del mundo vino á obrar antes de venir á enseñar, entre sus acciones y sus palabras hay un acuerdo perfecto. Comenzó el admirable discurso que pronunció en la montaña enalzando á los pobres de espíritu: *beati pauperis spiritu*. (Math. 5. 2.) y predicó esta verdad desde el principio de su vida como lo anunció al comenzar su Evangelio. El establo, el pesebre, los pastores, los animales y todos los aparatos de pobreza, y humildad que rodearon á Jesús al nacer, nos gritan con una voz que resuena en todos los países y en todos los siglos: *beati pauperis spiritu*. La pobreza que rodeó á Jesús al nacer es lo que celebramos hoy, porque es el primer signo con que se dá á conocer el Salvador del mundo: *hoc erit vobis signum*; este debe ser también el primer signo del cristiano y la base de la religión. En el Evangelio se nos da esta buena noticia, que se ha abierto para nosotros el reino de Dios y nos hemos librado de la esclavitud del demonio: *Evangelio vobis gaudium magnum* (Luc. 2. v. 10) anuncian los ángeles á los pastores de Belén, á unos pobres pastores que siendo de condición humilde estaban inclinados á ser pobres de espíritu para ser los primeros cristianos del mundo que demostrasen en sus personas la pobreza evangélica y como un rayo de la semejanza que deben tener los discípulos con el maestro.

Penetremos en el asunto que nos presenta la fe; entremos con el espíritu en el establo, y veremos al Dios que en él está oculto. ¡No nos demuestra desde el principio de su vida la pobreza de espíritu que nos enseña al comenzar el Evangelio, la virtud que ocupa el primer rango entre todas las virtudes, la que tanto ama Jesucristo, que quiso nacer, vivir y morir pobre, para morir desnudo en la cruz? El nos predica la pobreza, dándonos ejemplo en el establo. Dichoso el que sabe penetrar el misterio de un Dios humillado y empobrecido para llenarnos de bienes; dichoso el que sabe descubrir al través de ese exterior de indigencia al Dios de magestad que se ha hecho pobre para enriquecernos. El sol que alumbra todas las riquezas del cielo y de la tierra ha brotado de su palabra; los campos que vemos llenos de doradas mieses y esmaltadas flores no son sino un vago recuerdo de su bondad y de su gloria; la naturaleza que prodiga el desarrollo á todos los seres recibe de las manos del Señor todos los bienes que reparte. Se desnuda de cuanto ha hecho por el hombre para buscarle con el fin de enseñarle á renunciar á todas las criaturas, para no buscar sino á Dios. Dió saltos como gigante para correr el camino, como dice David (Ps. 18. 6) y enseñarle al hombre el de la perfección. ¡Podremos seguir ese camino si nos apegamos á los bienes perecederos? No debe ser la condición del discípulo mejor que la del maestro; dice San Gerónimo. Mi Salvador se hizo pobre por salvarme y yo debo hacerme pobre de espíritu para imitarle, y correr en su seguimiento pobre y desnudo, ya que él se quedó pobre y desnudo por mi bien.

El orgullo del ángel rebelde fué la causa de su caída. Subiré, dijo, sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo. (Isa. 14. 14) Dios le reveló el misterio de la Encarnación, le mostró el Verbo revestido de nuestra carne y le exigió que doblase la rodilla ante este Dios abatido y como una muestra de su dependencia; pero el espíritu rebelde, brillando con los esplendores que Dios le había comunicado en su formación creyó que se degra-

daba adorando á este Dios hecho hombre, y en vez de ensalzarse con la humildad para acrecentar su gloria y afirmarse en la gracia, quiso subir al trono del mismo Dios y llevó al cielo la rebelion contra su Criador. (Apoc. 12. 7) Hubo un combate entre Miguel y el dragon, entre el angel bueno y el angel orgulloso, y el espiritu orgulloso fué vencido y precipitado desde lo mas alto del cielo á lo mas profundo de los abismos.

El orgullo que creció con su caída llenó su espíritu de envidia, que es la consecuencia necesaria. No puede ver al hombre, de una naturaleza inferior á la suya, y criado en la justicia original, sin concebir el designio de robarle ese precioso atributo que él habia perdido; y quiso hacerle rebelde y soberbio para que participase de su desgracia, haciéndole cómplice de su pecado.

Hé aquí por qué ese tentador astuto instigó en el alma de la primera mujer el deseo de asemejarse á Dios, que fué el que le perdió á él. El veneno que contenian estas palabras: *sereis como dioses: eritis sicut dii* (Gen. III. 3. 5) fué el pecado del primer hombre. El amor propio salió del corazon del hombre para abrir paso al orgullo, que es el pecado mayor del mundo. El orgullo hizo del angel malo un apóstata, antes de que su rebeldia le hiciera prevaricador.

Mas como la gracia de nuestro Redentor sobrecabunda donde abundó el pecado, dice el apóstol, no solo el Verbo divino se humilló en su Encarnacion, sino que descendió mas de lo que habia querido subir el hombre. Se anonadó: *excinavit semetipsum* (Phil. 2. 7) porque como hay mas distancia entre Dios y el hombre que entre el ser y la nada, un Dios que se hace hombre hasta cierto punto se anonada. E hizo todavia algo mas que hacerse hombre, puesto que se hizo gusano, oprobio de los hombres y abyeccion de la plebe; se hizo un niño que salió del seno de su madre para entrar en un pesebre. Es el Verbo encorvado de que habla el Profeta; es el admirable prodigio figurado en el milagro obrado por el Profeta Eliseo, cuando encorvando su cuerpo y reduciéndolo á modo del

del hijo de la viuda, le volvió á la vida. (4 de los Rey. 4. 34.)

Con razon el Angel que anunció á los pastores el misterio de la Natividad les dijo: Os anuncio un grande gozo (Luc. 2. 10). Regocijaos, mortales, y no gimais ya bajo el peso de vuestra carne; no veais ya vuestro cuerpo como una carga humillante que deshonorá la dignidad de vuestra alma, que está obligada á soportarlo, puesto que Jesucristo se ha hecho carne. Pero el orgullo os habla siempre el lenguaje del demonio que es su padre. ¡Ay, hermanos míos! Por cuántos caminos entra en vuestras almas la astuta serpiente! Cubre con gran variedad de colores el camino en que se oculta y los escondrijos en que os tiende sus lazos; habla en distintas voces para decirnos como dijo en otro tiempo á la mujer: *sereis como dioses*. A las mujeres mundanas les dice: *lucid el oro y las piedras preciosas en vuestros adornos; realzad el brillo de vuestra hermosura con los dones de la naturaleza; lucid en brillantes carruajes arrastrados por soberbios caballos y sereis en la tierra como dioses*. Y á los ricos les dice: *construid palacios que desafien en grandeza y esplendor á los palacios de los reyes; acostaos bajo hermosos y dorados pabellones rodeados de primorosos objetos de arte; haced que se recree vuestro paladar con cuanto contiene el mar en su seno y la tierra en sus montes y llanuras; pasead en espléndidos jardines en los que mana, no solo el agua de vuestras fuentes sino el sudor de los que os sirven como esclavos; respirad el aire de esos montes y de esos bosques que han fructificado á impulso de vuestro agio y de vuestros negocios de estado, y entonces podreis decir que sois los dioses de la tierra*. A los sabios les dice: *aumentad el saber descubriendo los tesoros de la antigüedad sagrada y profana, inmortalizad vuestro nombre que con vuestros descubrimientos pasará á la posteridad; destruid la palabra del Señor cambiando su sentido y haced que vuestras palabras sonoras y engañadoras se aplaudan como de oráculos para que os*

digán despues: sois como dioses. Os aplaudirán como á dioses, es verdad, pero tambien lo es que morireis como hombres. Yo oigo desde aquí la voz de Dios que grita, no como en otro tiempo airada en el paraíso, sino gimiendo y saliendo de la boca de un niño: *Adán ¿dónde estás? Adam, ¿ubi es?* Has querido ser semejante á mí, hacer-te independiente y sacudir mi yugo y no quieres obedecer mi ley. Te has olvidado de que te he hecho de barro y te llenas de orgullo siendo polvo y ceniza. Pero ganarás tu pan con el sudor de tu rostro y cultivarás la tierra para que sus punzantes espinas te recuerden tu ingrati-tud. En vano procuras ocultarte bajo las hojas del árbol de cuyo fruto comiste; en vano ocrres al artificio para cubrir tu desnudez y tu miseria. Quieres parecer seme-jante á Dios cubriendo tu cuerpo con la seda que te da un vil gusano; pero todo ese aparato de ostentacion y ri-queza que te rodea no es sino un sepulcro emblanqueci-do que oculta tu podredumbre. Cuanto mayor es tu or-gullo, mayor es tu sepultura. Eres un vaso hecho de fan-go y cuanto mas te elevas mas numerosos serán los pedazos de tu cuerpo al caer. En vano intentas semejarte á mí. Pe-ro todavía puedes salvarte si eres humilde. Yo he descen-dido á lo mas hondo de tu miserable condicion para ele-varte; te he enseñado el camino que puede hacerte llegar á adquirir esa semejanza que buscas porque la he unido á tu humanidad y me he asemejado al esclavo para que conocieras la independencia del amo.

Solo imitando la humildad de Jesus naciendo puede alcanzar el hombre una gloria sólida y verdadera. Esa virtud lo humilla pero no lo degrada; es una ambicion santa que haciéndole conocer el centro de la nada en que está su Dios, se eleva sobre la vana grandeza del hom-bre; es la humildad cristiana, desconocida de los paganos, la que sigue los caminos del Señor, que es la palabra del Evangelio. (Math. 13. 45.) Es el Verbo encarnado que apareciendo en las tinieblas de la noche en un pobre es-tablo, enciende la antorcha de la verdad entre las som-bras de su cuna para hacernos buscar ese tesoro precioso

á la luz de su enseñanza y de su doctrina. Venid á este establo, reyes de este mundo, prosternaos en espíritu an-te este niño Dios y sereis mas grandes junto al pesebre que sentados en el primer trono del mundo. Inútiles son los esfuerzos que hace el hombre para ocultar su miseria; inútiles los afanes con que trata de evitar el escollo en que se acaba su grandeza y mas allá del cual quisiera lle-varla, porque ese escollo es el sepulcro. Esos magníficos edificios levantados por la soberbia del hombre solo nos recuerdan que no existen ya los que dejaron ese recuer-do de su efímera grandeza.

Juguete siempre de tus pasiones y de la muerte, en vano te esfuerzas, pobre mortal, por hacerte inmortal! Impulsado por un instinto secreto que te hace conocer tu origen buscas la inmortalidad en los mismos replie-gues del orgullo que te la hizo perder en las tinieblas de la ignorancia. Quieres encontrar la verdadera grandeza que has perdido, y en las tinieblas de tu pecado crees que las falsas imágenes que el orgullo te presenta son la grandeza sólida que buscas; y esos fantasmas se evapo-ran, porque son creaciones de tu vanidad. Quieres llegar hasta el cielo levantando edificios sólidos, é ignoras que Dios ha dicho que reposarán en ellos fieras y se llenarán de dragones y habitarán allí avestruces. (Isa. 13. 21.) Cuanto mas te esfuerzas por ser grande, tanto mas te empequeñeces. Cuanto mas se eleve el vuelo de tu orgullo, de mas alto será tu caída. Si quieres ser grande, vuel-ve al principio de tu grandeza, dirige tu humildad á la nada de la que hizo Dios salir al hombre mortal para que de allí saliera el hombre inmortal. Adora humilde-mente á Cristo naciendo para hacerte glorioso con el Cristo triunfante. Haz que el pesebre del Salvador sea el fundamento del edificio y así lo verás elevarse hasta el cielo. El torrente del mundo arrastra todo lo que se construye sobre arena, y firme permanece lo que tiene por fundamento la piedra. Si queréis participar de las riquezas, de la gloria y de la felicidad de Jesucristo en el cielo, venid al establo que es la escala que al cielo nos

lleva, es la verdad y la vida. Este niño que está en el pesebre envuelto en pobres pañales y rodeado de animales, y que morirá despues en una cruz entre dos ladrones, debe ser nuestro guia. Sigámosle, pues, para que con Jesucristo triunfante podamos entrar en el cielo, que es lo que os deseo. Amen. (1)

(1) Revisado por la censura.

—————  
**PANEGÍRICO**  
**DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.**

POR EL SECRETARIO GENERAL  
DEL APOSTOLADO DE LA ORACION  
EN LA NACION MEXICANA.

PUBLICADO EN "EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS."

Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendantur!—Luc. 12. 49.

*Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?*

Estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, al par que encierran una fogosa exhortacion, anuncian una gran profecia comprobada, como todas, con el mas exacto cumplimiento. Arde este fuego traído del cielo por Jesucristo en el pecho de doce pescadores, y las llamas de la predicacion evangélica reducen á pavesas los altares del demonio y sus templos, consumen y borran para siempre los sacrificios judáicos y los gentílicos, ahogan la voz de mentidos oráculos y abrasan la inmunda escoria de máximas filosóficas, leyes y costumbres, que tenian al mundo convertido en un inmenso cenagal de abominables torpezas. Prende el mismo fuego sagrado en las entrañas de millones y millones de mártires que en testimonio de la fe vierten la última gota de su sangre, y el árbol de la cruz con tan fecundo riego se fortifica y extiende sus ramas,